

21 de julio

15:41

A Leo, sobrecogido por el mal rollazo de la casa de Amityville en *Aquí vive el horror*, lo rodeaban las miradas expectantes que cubrían las paredes.

Su habitación era un santuario. Cuando entraba en ella siempre lo invadía la sensación de que algo impalpable lo abrazaba con suavidad. Allí vivían todos sus sueños, esperanzas y pesadillas. Todos los pensamientos que solo fluían con libertad en aquel ambiente familiar y seguro. Su madre acostumbraba a preguntarle por qué tenía la manía de permanecer con la puerta cerrada incluso en aquellos días tan calurosos, pero para Leo la razón estaba clara: si dejaba la puerta abierta, aquel encanto se escaparía, se derramaría despacio como un batido espeso fluyendo de una copa volcada.

Apartó la vista del libro durante un momento para dejarse envolver por la música de Christian Death y su *Romeo's Distress*. Desde que Rozz Williams se ahorcó en abril del año anterior, Leo sentía algo extraño al escucharlo. Una especie de vacío. Clavó la mirada en el póster que colgaba junto a la cabecera de la cama, en el que Williams sostenía en la mano una calavera, y pensó que su aspecto actual se parecería más al de ese cráneo que al del tipo maquillado que la sostenía.

La decoración en general resultaba un poco caótica. Le daba la impresión de que ese otro póster de Brian Molko situado a escasa distancia no pegaba ni de coña con el de Type O Negative que había más allá, y ninguno de ellos combinaba, a su vez, con el de los Héroes del Silencio clavado frente al escritorio o con el de Suede

que había pegado en la puerta con cinta adhesiva. A Leo no le importaba en absoluto. Estaban todos juntos y no habían tenido más remedio que aprender a aguantarse unos a otros. Se podía decir que hasta los unía una extraña fraternidad.

Iba siendo hora de marcharse o llegaría tarde a la estación.

Se colgó de los hombros la mochila llena a reventar y cargó la bolsa de viaje. Iba tan repleta que la ropa embutida formaba bultos grotescos en los laterales. Antes de salir todavía se detuvo durante unos segundos a observar la estancia. Sabía que la echaría de menos. Estaría tres semanas fuera; nunca se había ausentado tanto tiempo. La gata apareció de pronto y se frotó contra sus botas militares. La rascó detrás de las orejas pensando que a ella también la añoraría. Al fin se dio la vuelta y enfiló el pasillo en dirección al salón.

Su padre había sido engullido por la sagrada minisiesta previa a marcharse al trabajo, y su madre leía una revista y echaba fugaces vistazos a la tele para no perder el hilo de las noticias, en las que hablaban de una chica desaparecida. La madre de Leo siempre hacía como mínimo dos cosas al mismo tiempo, y jamás prestaba atención plena a la tele salvo cuando se enganchara a una de esas pelis de tarde cuyos títulos siempre contienen la palabra «fatal» o «letal». Quizá las dos.

—Bueno, me voy —dijo soltando la bolsa y apoyándose en el marco de la puerta.

Su padre despertó sobresaltado. Le repasó de arriba abajo la indumentaria con su ya característica leve desaprobación.

—Te vas a calcinar con esa ropa tan negra.

La madre rio.

—Estamos a 35 °C a la sombra, José Luis. Se calcinaría incluso de blanco nuclear.

No es que a su padre le preocuparan demasiado las pintas de Leo. Estaba seguro de que se trataba de una fase. Pero su madre, aun así, siempre lo defendía.

—Llama cuando llegues, ¿eh?

No era la primera vez que Leo viajaba al pueblo de Sonia, pero hasta el momento solo habían sido visitas cortas. Fines de semana, algún que otro puente... Nada comparado con aquel viaje del que, en principio, no regresaría hasta la segunda quincena de agosto. Y el caso era que no las tenía todas consigo. Le atraía la idea de pasar unas semanas lejos de casa, pero estaba convencido de que se aburriría como una ostra. El pueblo molaba si adorabas el sol y la playa, y estaba claro que no era su caso. Y, además, Sonia y él tenían conceptos muy diferentes de lo que significaba pasarlo bien. Eran amigos desde los cuatro años y se querían como tales, pero sus gustos habían evolucionado de forma muy dispar. Leo adoraba leer y Sonia parecía alérgica a los libros. Mientras Leo se pasaba el día escuchando música oscura, Sonia no salía de la radiofórmula. Si Leo detestaba ir a discotecas y lo consideraba una enorme pérdida de tiempo, Sonia parecía vivir por y para salir de fiesta. Se lo pasaban bien juntos porque compartían esa complicidad nacida de amistades que se remontan a muchos años atrás, y en cierto modo se comprendían a pesar de sus diferencias. Pero Leo se preguntaba cómo afrontarían todo un verano juntos sin matarse.

Por lo menos flipaban por igual con las películas de miedo desde que Leo sugirió, para calmar los ánimos después de una discusión bastante encarnizada que tuvieron a los 12, que vieran *Carrie*. Se llevaron una buena bronca cuando los pilló su madre, que consideró que eran demasiado pequeños para ver una peli como esa, pero Sonia se metió tanto en la historia que acabó por olvidarse de su enfado.

Lo cierto era que casi lo veía: ella querría ir a chiringuitos de playa donde pondrían música infame y él querría que se lo tragara la tierra. Pero confiaba en ese oasis compartido y en que pasaran alguna que otra madrugada devorando pelis de terror.



21 de julio

20:36

Aunque durante el día también hacía un calor asfixiante, en cuanto caía la tarde siempre soplaba aire fresco en Cap de Sal, a diferencia de lo que sucedía en la ciudad, donde podían dar las doce de la noche y seguir haciendo bochorno.

Leo había llamado a sus padres para avisar de que estaba entero, había dejado todos sus trastos en casa de Sonia y esta, casi de inmediato, lo había arrastrado fuera de la vivienda para ir a dar una vuelta. Tampoco podría ser un paseo muy largo, porque los padres habían reservado para cenar en uno de esos restaurantes de arroces y mariscos que salpicaban el paseo marítimo y se parecían tanto entre sí que Leo era incapaz de distinguirlos unos de otros. No le disgustaba el plan. Ir a cenar con los padres de su amiga no sería apasionante, pero los conocía desde que era un renacuajo y le caían bien. Los prefería de lejos a los amigos de Sonia, con quienes en teoría debería haber congeniado mejor y con los que, sin embargo, era incapaz de sostener una conversación de cinco minutos sin terminar discutiendo.

Sonia había comenzado a contarle algo flipante que había sucedido hacía unos cuantos fines de semana. Algo tan flipante (según ella), que había preferido esperar a contárselo en persona para poder apreciar su reacción en condiciones.

—Así que Estela y yo nos acercamos a ese sitio —iba diciendo.

La cosa, al parecer, era que había un pub nuevo en el pueblo. Cap de Sal no andaba precisamente escaso de opciones de ocio, y menos aún durante el verano, pero un local desconocido siempre levantaba expectación y, además, parecía que este resultaba de

lo más inquietante. No daba la impresión de haberse publicitado mucho (más bien todo lo contrario) y, según Sonia, su pandilla se había enterado porque se lo había contado la hermana de la vecina de la prima de su amiga Rosa. ¡Y eso que la chica vivía lejos!

Nada de aquello intrigó demasiado a Leo, que estuvo seguro de que sería otro local más donde retumbaría música horrible. Le llamó más la atención que Sonia mencionara a Estela, porque esa chica le caía supermal y acababa de reparar en que tendría que verla —y aguantarla— a menudo durante las vacaciones. No resultaba una perspectiva muy halagüeña.

Sonia, por el contrario, parecía incluso nerviosa por todo lo que estaba explicando y acababa de quedarse callada como haciéndose la interesante. Esperaba que Leo la interrogara acerca del famoso pub. Al final, por seguirle la corriente, lo hizo:

—¿Y qué tal está?

—¡Tío, habrías alucinado!

Y, en cuanto vio que Leo no hacía más que mirarla con escaso interés, continuó.

—¡Resulta que ni siquiera llegamos a entrar, porque Estela se acojonó!

En aquel preciso instante Leo comenzó a prestar atención. Si había alguna cosa en ese pub capaz de horrorizar a Estela, por necesidad tenía que valer la pena.

—¿Y eso?

—Pues nos acercamos y había gente fuera, ya sabes, los típicos grupetes de peña fumando y haciendo botellón y eso. Que, por cierto, el sitio está en una casa supervieja. Hay muchas casas así por aquí, pero vamos, que ni han hecho reforma ni nada, es una casa particular bastante chungueta. Bueno, el tema es que toda la gente que había por allí era rarísima.

Leo enarcó una ceja. Para Sonia, al igual que para la mayor parte de sus amigos, el término «raro» englobaba tantísimas cosas que era casi como no decir nada.

—¿Tanto como para tener que piraros? ¿En qué sentido?

Sonia lo miró con intensidad, casi disfrutando con la pausa dramática.

—Leo, eran como tú. Iban de negro y con maquillaje raro. No sé, tío, era gente que nunca había visto por el pueblo. Ya sabes que por aquí casi todos nos conocemos. Incluso a la peña que viene a veranear dos semanas al año ya la tenemos calada. Pero a esos no los habíamos visto nunca.

La información, tras un buen rato escuchando a Sonia con interés casi nulo, iba abriéndose paso con esfuerzo en la mente de Leo. En parte habría querido ofenderse por el hecho de que alguien hubiera sido capaz de huir despavorido de un local solo porque en la puerta había personas *como él*. Pero otra parte de sí mismo le gritaba que aquello era lo de menos. Habían abierto un pub nuevo donde iba gente siniestra, y eso era una noticia de puta madre. Igual no tendría que pasarse el verano oyendo música de mierda en locales de playa.

—Quiero ir.

—Sabía que dirías eso. —Sonia se echó a reír—. Tío, yo es que en parte me alegré, ¿sabes? Porque pensé que al fin podría llevarte a algún sitio de tu estilo. Pero, claro, no llegamos a entrar porque a Estela le dio mal rollo.

—No me extraña.

—Y eso que fue ella la que me dijo: «Mira, esa peña es como tu amigo».

—Ya, y seguro que lo dijo con toda su buena intención.

—Va, no empieces. No es mala tía.

—No me puede ni ver, y lo sabes. Bueno, a casi todos tus amigos les pasa lo mismo. Tienen fobia a los góticos. O a los gais. O a los gais góticos, yo qué sé. Deben pensar que soy contagioso. Y tú eres una sádica que disfruta exponiéndome y viéndome pasarlo mal. De hecho, no sé por qué te molestas en contarme lo de ese pub. No creo que vayamos ni una noche; tus colegas se negarán en redondo.

Sonia le dio un empujón cariñoso.

—No te pongas así. Tú tampoco haces mucho por integrarte.

—¿Cómo coño quieres que me integre con...?

—Shhh. A ver, escucha. Sí iremos a ese pub. Aunque sea los dos solos. De verdad. ¿Por qué crees que tenía tantas ganas de contártelo?

Leo se quedó callado.

—¿En serio?

—Claro. Cuando quieras. Mañana mismo. Hoy no, que igual acabamos tarde la cena con mis padres, que ya sabes que se morían de ganas de verte y van a estar megapesados.

Esbozó una sonrisa dubitativa.

—Te tomo la palabra.



Los padres de Sonia adoraban a Leo, sobre todo su madre. Siempre se ponía contentísima cuando visitaba Cap de Sal y, ahora que por primera vez iba a pasar allí más de cuatro días, se encontraba tan pletórica que casi parecía que el pueblo fuera de su propiedad y recibir visitantes le supusiera todo un orgullo. Había tenido el detalle, además, de ir a recogerlo en coche a la Estación del Norte, para que no tuviera que coger un cercanías que tardaría un par de siglos y medio en llegar al pueblo. El chaval suponía que eso de conocerlo desde pequeño la había dotado de una especie de filtro mental que le permitía obviar todo lo que a los demás les resultaba irritante o repulsivo de él. Le daba igual que vistiera de negro y escuchase música rara. Le daban igual sus múltiples pendientes en las orejas y que se empeñara en pintarse los ojos con lápiz negro. Le daba todo igual, porque sabía que, en el fondo y por mucho que él luchara contra esa imagen, era un buen tío.

El restaurante bullía de actividad, al igual que todo el paseo marítimo, y eso que solo era miércoles. Visitar Cap de Sal en ve-

rano siempre suponía perder un poco la noción del tiempo. En la ciudad los días de entre semana eran eso, días normales también durante el verano, incluso aunque tuvieras 17 años y estuvieses de vacaciones. En Cap de Sal los días grises no existirían hasta octubre.

Leo y Sonia se habían hecho amigos en el parvulario. Por entonces vivían a un par de manzanas de distancia, lo que había facilitado que no solo ellos se hicieran amigos, sino también sus padres. La familia de Sonia se había mudado a Cap de Sal unos cinco o seis años atrás por una movida laboral del padre. Aquello había supuesto la pérdida casi total de contacto por parte de los adultos, a pesar de que los padres de Sonia siempre insistían en que los de Leo tenían que ir a pasar un puente o fin de semana al pueblo, y los de Leo siempre decían que lo harían en algún momento, cuando les viniera bien. Pero ese momento todavía no había llegado.

—¿Cómo están tus padres, Leo?

—Bien.

—¿Sigue tu madre en la agencia de...?

—Mamá, ¿entonces a qué hora os iréis mañana? —preguntó Sonia de pronto.

Leo le lanzó una fugaz mirada de agradecimiento. Le aburrían mortalmente esos interrogatorios.

—Pues a mitad de la mañana, más o menos. —La madre mordió el anzuelo a la primera y se olvidó de la conversación inicial a la vez que dirigía una mirada a su marido, que en aquellos momentos estaba ocupado descuartizando una cigala—. ¿No?

—¿Eh? Ah, sí.

—Habíamos planeado salir a primera hora, pero al final hemos pensado que, bueno, no hace falta. Me hacía ilusión que cenásemos juntos. No quería que tuviésemos que estar pendientes de acostarnos pronto.

Leo advirtió de pronto que no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—¿A dónde...? —trató de preguntar, pero Sonia le pegó una patada en la espinilla.

—Sí, tío, ¿no te acuerdas? Te dije que mis padres se iban dos semanas.

Leo cerró la boca, que se le había quedado abierta, al tiempo que observaba a su amiga.

Vale, estaba claro que lo había vuelto a meter en alguno de sus líos. Ya tendría tiempo para hacer preguntas cuando estuvieran a solas.

—Sí, sí, claro.

La madre esbozó una sonrisa dubitativa.

—Bueno, no nos hacía mucha gracia lo de irnos y dejar a Sonia aquí tantos días. Pero terminamos de decidirnos en cuanto supimos que venías. Creo que de no estar tú, Leo, no lo habría tenido claro, pero contigo en casa no me cabe duda de que todo irá bien.

Trató de recomponer la historia en su cabeza. No era muy difícil, en realidad. Los padres de Sonia se iban de viaje y Sonia no quería acompañarlos. Había tratado de convencerlos de que podía quedarse en casa sin ningún problema y ellos habían dudado, ya no por el hecho en sí de dejarla sola (tampoco era tan inútil), sino porque sabían que aprovecharía para salir hasta las mil y, tal vez, organizar fiesterros. Sonia había invitado a Leo y ellos, de forma casi automática, habían reconsiderado la cuestión. Ella no haría nada demasiado irresponsable con él. Leo la metería en vereda. Por supuesto. Y Sonia no le había contado nada de aquello porque sabía que habría querido echarse atrás. Porque, por supuesto, su plan *sí* era salir de fiesta todo el tiempo.

Maravilloso.

Leo sintió cómo se incrementaban sus ganas de estrangularla, pero esbozó una sonrisa encantadora.

—Claro —concedió. ¿Qué más podía decir?



—Joder, Leo, no ha sido una encerrona.

—¿No? ¿Entonces cómo llamas a lo de traerme hasta aquí para que tus papis se fien de ti?

Eran las 12:30 pasadas y estaban en el cuarto de Sonia hablando en susurros. En la casa había espacio de sobra para no tener que compartir dormitorio (un cuarto de invitados con un sofá cama descomunal, aunque duro como una piedra), pero lo de pasar al menos la primera noche cuchicheando, Sonia en su cama y Leo en el colchón plegable justo al lado, era ya tradición.

—A ver, no pensarás de verdad que solo he querido que vengas por eso.

—¿Cómo quieres que no lo piense? Y si no, ¿por qué no me lo habías contado, cabrona?

—¡Pues porque entonces no habrías querido venir! —Lo dijo como si se tratara de una justificación perfecta y lógica—. ¿O no es así?

Leo resopló y ella volvió a la carga.

—Tío, tienes que abrirte y salir más. ¿O es que acaso tienes un plan mejor? ¿Quedarte en casa como siempre, leyendo y escuchando música?

—Creía que ya habíamos hablado de estas cosas. Tus colegas no me tragan y yo a ellos tampoco.

—Ya te he dicho que eso no es verdad. Y, aunque lo fuera, no me negarás que a veces hay que esforzarse un poco. Y por ambas partes, joder. Sé que nunca te lo has pasado bien con ellos, pero eso no tiene por qué ser siempre así. Y, además, tampoco vas a quedarte aquí toda la vida. Después volverás a tu rutina de siempre. Esa superoscura y aburrida.

Leo suspiró y apartó la mirada.

Resultaba irónico lo de tener que esforzarse por ambas partes. Tal vez Leo no hiciera verdaderos esfuerzos por integrarse en el entorno de Sonia, pero ella tampoco los hacía por encajar en el de Leo. Sin embargo, dado que él era el más tranquilo de los dos,

siempre parecía que la visión correcta era la de Sonia. Y, por lo tanto, se creía con derecho a dictar las normas.

—Bueno, mira, lo que tú digas. Total, cuando esté hartísimo de tus amigos me iré a algún sitio a leer, eso tan horrible que me encanta hacer, y ya está. Y has prometido llevarme al pub nuevo, así que al menos alguna noche saldré ganando yo.

Sonia se echó a reír y le dio un abrazo.

